

Poblete, Ricardo

La fe como custodia de la vida humana

Vida y Ética. Año 14, N°2, Diciembre 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Poblete, Ricardo. “La fe como custodia de la vida humana” [en línea]. *Vida y Ética*, año 14, n°2 (2013). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/fe-custodia-vida-humana.pdf> [Fecha de consulta:.....]

LA FE COMO CUSTODIA DE LA VIDA HUMANA

Pbro. Mg. Ricardo Poblete

- Licenciado en Teología Moral, Accademia Alfonsiana, Istituto Superiore Di Teologia Morale Della Pontificia Università Lateranense, Roma, Italia (1991)
- Magíster en Ética Biomédica, Instituto de Bioética, Facultad de Ciencias Médicas, Pontificia Universidad Católica Argentina, Argentina (2006)
- Miembro del Comité de Bioética de la Facultad de Ciencias Médicas de la U.N. de Cuyo, del Comité de Bioética y del Comité de Ética e Investigación del Hospital Pediátrico "Dr. Humberto Notti"
- Docente de las Cátedras de Teología moral fundamental y Bioética en: la Pontificia Universidad Católica Argentina (sede Mendoza), el Seminario Arquidiocesano de Mendoza, "Nuestra Señora del Rosario" y el Instituto de Formación Docente "PABLO VI"

Palabras clave

- Fe
- Custodia
- Vida

Key words

- Faith
- Custody
- Life

RESUMEN

Luego de constatar las innumerables formas que amenazan, no solo la vida humana sino la vida en general y a su "habitat", se intenta hacer referencia a las causas que la generan. Aquí se detiene en la causa más profunda que es de orden religioso: una cultura secularizada que excluye a Dios, pone en riesgo al hombre. Se afirma que la fe es la que puede brindar al hombre contemporáneo una protección genuina de su vida. El Magisterio de la Iglesia ha hecho un aporte muy valioso, donde muestra claramente la concatenación de la fe con el cuidado de la vida humana.

ABSTRACT

After confirming the countless threats not only to human life but also to life as a whole and to its "habitat", the author refers to the causes of such threats. Here, the focus is put on the deepest cause which is of religious order: a secularized culture that excludes God puts man at risk. It is asserted that faith can give the contemporary man a genuine protection of his life. The Magisterium of the Church has made a valuable contribution, clearly showing the linkage between faith and care of human life.

UN PANORAMA PREOCUPANTE, QUE SE CONFIGURA COMO UN DESAFÍO

JUAN PABLO II, en el n. 3 de su Encíclica *Evangelium Vitae* de 1995, tomando las palabras de la Constitución *Gaudium et Spes*, 27, denuncia los innumerables atentados contra la vida y la dignidad de la persona humana.

"Ya el Concilio Vaticano II, en una página de dramática actualidad, denunció con fuerza

los numerosos delitos y atentados contra la vida humana. A treinta años de distancia, haciendo más las palabras de la asamblea conciliar, una vez más y con idéntica firmeza los deploro en nombre de la Iglesia entera, con la certeza de interpretar el sentimiento auténtico de cada conciencia recta: «Todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que

ofende a la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador»."

Hoy día, estamos a casi 50 años de esta afirmación y lamentablemente las perspectivas no son demasiado diferentes de aquella constatación.

La vida humana sigue amenazada; las personas no son valoradas en su dignidad, sino que con frecuencia son sometidas a esclavitudes de distinta naturaleza.

La trata de personas, el comercio con inmigrantes totalmente vulnerables, el flagelo de la droga que golpea directamente sobre la salud de tantos jóvenes, son manifestaciones lamentables de la pérdida de la conciencia del valor de toda vida humana.

No solamente la vida humana se ve amenazada, sino también otro género de vida, como la del reino animal y vegetal, que están, en no pocas ocasiones, subor-

dinadas a voraces intereses económicos. Así, nuestra casa común, nuestro "hábitat" corre el peligro de ser devastados por el hombre.

El avance científico y tecnológico, loable en sí mismo, puede poner en riesgo la misma dignidad humana cuando criterios éticos son ignorados en nombre de un progreso de la misma ciencia.

Se pretende reivindicar una libertad científica sin coacciones de ninguna naturaleza en pos del progreso que ilusoriamente beneficiaría a futuras generaciones, cercenando la vida concreta de innumerables seres humanos. Se puede pensar, por ejemplo, en la cantidad de embriones humanos que son desechados porque son sobrantes o porque sus condiciones de salud no son las esperadas por sus progenitores.

Se asiste a una instrumentalización de la persona, y su valor se mide desde un "control de calidad" y no por lo que es en sí misma.

Este panorama siempre ha existido en la historia de la humanidad. Es verdad que hoy lo vivimos de una manera acuciante, no solo por la velocidad de los avances científicos y el desarrollo tecnológico sino porque los medios de comunicación social nos lo presentan "en tiempo real".

Dicho en otras palabras, siempre han existido crímenes abominables. Se sabía que estaban mal y lo mismo se cometía. Pero hoy, lo novedoso e incluso más grave es que se pretenden justificar dichos atentados.

Incluso más. Esos atentados que antes se los consideraban "delitos" hoy se pretende que se lo reconozcan como "derechos" y que los Estados garanticen a las personas que los solicitan acceder a ellos en forma gratuita. [1]

JUAN PABLO II denominó esta realidad que se ha descrito como una "cultura de la muerte". ¿Cómo se llegó a esta realidad cultural?

Ciertamente son numerosas y complejas las causas que desembocan en esta nueva situación cultural.

Una profunda crisis cultural; el relativismo ético imperante; una concepción deformada de la libertad, que se la considera como una libertad absoluta, sin un vínculo con una verdad objetiva; un absolutismo de la ciencia y de la técnica, que en la práctica casi se la idolatra. Se podría afirmar que presenciamos una tiranía de la técnica.

Estos son algunos factores que están en la base de los grandes atentados a la vida.

Pero es necesario detenerse en una causa más profunda, en la raíz del problema.

Si es verdad que lo esencial de una cultura se define como la relación que el hombre tiene con Dios, [2] podemos visualizar el núcleo del problema: es una cultura que excluye a Dios. La raíz del problema es religioso. [3]

El hombre que no acepta vincularse con Dios como hijo cae en la tentación mencionada en el texto del Génesis. "*Seréis como dioses*". El hombre quiere ocupar el lugar de Dios.

De aquí una consecuencia inmediata: cuando el hombre no acepta su vínculo con el Creador, que para el cristiano es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo; cuando no se considera existencialmente como hijo, entonces el "otro", el "semejante" no puede ser visto como un hermano y no puede actuar solidariamente con él. Esta negación de Dios está en la base y desencadena todos los atentados no solo contra la vida humana, sino contra la vida en

[1] Cfr., JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium Vitae*, n.4

[2] Cfr., DOCUMENTO DE PUEBLA, n. 382; APARECIDA, Documento Conclusivo, n. 476

[3] Cfr., JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium Vitae*, n. 21; BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in Veritate*, n.74

general y de allí la constatación que el hábitat, la casa común del género humano, está también amenazada.

Cuando el hombre expulsa a Dios de su horizonte vital, se perjudica a él mismo. Es prioritario tomar conciencia de la importancia fundamental de la necesidad de un redescubrimiento de un Dios personal que camina con el hombre en la historia, que no es un rival del mismo, sino un compañero de camino. Reconocer y afirmar el vínculo con Dios, es afirmar y proteger al hombre.

Se puede comprender entonces lo que puede aportar la fe en la defensa de la vida en general, de la vida humana en particular y de nuestro "hábitat".

Desde una mirada creyente a esta realidad preocupante y dramática, no caben lamentaciones, sino más bien asumirla como auténticos desafíos.

Para un creyente, nada ni nadie está perdido, porque el poder transformante de una fe que obra por la caridad, todo lo puede.

JUAN PABLO II afirmaba que en nuestra cultura se verifica un "eclipse del sentido de Dios y del hombre".

La imagen del "eclipse" es sugerente. En un eclipse, la realidad del astro oculto

no desaparece, sino permanece oculta. Y ese ocultamiento no es definitivo, sino transitorio.

Aplicando esta imagen al eclipse del sentido de Dios, se puede pensar que en su Providencia, Dios nos ha donado la vida en este contexto cultural e histórico, y que la misión de todo creyente es "desvelar" el rostro oculto de nuestro Padre para poder descubrir que nuestros semejantes son "hermanos" con los cuales compartimos la misma dignidad y, por lo tanto, asumir la responsabilidad del cuidado de unos sobre los otros. ¡Nuestra misión es ayudar a "ver" lo que está "oculto"!, confiando en la acción misteriosa y real del Espíritu que siempre obra y se adelanta a la acción humana.

Siguiendo con la imagen del "eclipse", los creyentes tenemos la convicción de que este "ocultamiento" del rostro de Dios, que se verifica en nuestra cultura, no es ni tiene por qué ser permanente. Es necesaria la paciencia, imitando la paciencia de Dios para con nosotros. De esta forma, la fe nos ayuda y nos da fuerza para saber esperar los tiempos sin forzar los acontecimientos.

La fe tiene profundas repercusiones no solo en el ámbito personal, sino también en el ámbito sociocultural.

Así, una fe viva en un Dios personal, puede y debe aportar una mirada pro-

funda y esperanzadora para ir forjando una cultura de la vida.

¿CÓMO SE UBICA EL HOMBRE CREYENTE ANTE ESTA REALIDAD?

Ante todo, desde la fe podemos afirmar que ningún creyente puede ni debe desentenderse de esta problemática. Ningún hombre de buena voluntad puede permanecer indiferente frente a tantos atropellos que se verifican hacia la dignidad de las personas humanas.

El lunes 8 de julio de 2013, el Santo Padre FRANCISCO, en la homilía en el Campo de deportes "Arena" ante el drama vivido por inmigrantes de África que perecieron en un naufragio cerca de la isla de Lampedusa, Italia, expresó:

"¿Dónde está tu hermano?". ¿Quién es el responsable de esta sangre? En la literatura española hay una comedia de Lope de Vega que narra cómo los habitantes de la ciudad de Fuente Ovejuna matan al Gobernador porque es un tirano, y lo hacen de tal manera que no se sepa quién ha realizado la ejecución. Y cuando el juez del rey pregunta: "¿Quién ha matado al Gobernador?", todos responden: "Fuente Ovejuna, Señor". ¡Todos y ninguno! También hoy esta pregunta se impone con fuerza: ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Ninguno! Todos respondemos igual: no he sido yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente yo no. Pero Dios nos pre-

gunta a cada uno de nosotros: "¿Dónde está la sangre de tu hermano cuyo grito llega hasta mí?". Hoy nadie en el mundo se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, de los que hablaba Jesús en la parábola del Buen Samaritano: vemos al hermano medio muerto al borde del camino, quizás pensamos "pobrecito", y seguimos nuestro camino, no nos compete; y con eso nos quedamos tranquilos, nos sentimos en paz. La cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!"

Se debe pensar que una fe auténtica es una fe operativa. Implica, por lo tanto, vencer esa indiferencia, desterrar esa globalización de la indiferencia.

Es preciso dejarnos interpelar por el sufrimiento de tantas personas heridas en su dignidad que no es tenida en cuenta; dejarnos interpelar ante la contemplación de tantos avasallamientos frente a todo tipo de vida y de nuestro "hábitat".

Esta interpelación tiene que hacernos formular en nuestro corazón una pre-

gunta muy sencilla. ¿Qué puedo hacer yo para al menos aliviar, y en la medida de las posibilidades concretas, para transformar una realidad dramática?

Esto significa entrar en la dinámica del buen samaritano de la parábola citada por FRANCISCO.

Ningún hombre creyente, nadie que tenga buena voluntad puede decir que nada se puede hacer. Todos y cada uno puede aportar algo, por mínimo que sea. Se puede recordar aquí a la Madre Teresa de Calcuta, con su clara conciencia que se podía hacer muy poco, pero ese poco era necesario realizarlo para aliviar tanto sufrimiento.

Esta dinámica de una fe operativa en medio de una cultura del bienestar e indiferencia, es un cuestionamiento eficaz para la misma. Pablo VI, ya lo afirmaba en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 21:

"La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores

que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general al primero absolutamente en la evangelización."

¡Qué hermoso sería poder constatar que las personas creyentes, por su fe operativa, susciten interrogantes como los señalados! ¡Qué importante sería tener en cuenta que más que dar respuestas, es necesario suscitar preguntas y cuestionamientos!

Una fe que se traduce en actos concretos de caridad, prepara mejor el cami-

no para un anuncio explícito y eficaz del valor de la vida humana. [4]

El mensaje cristiano sobre la dignidad de toda vida humana es un tesoro que no se puede esconder. Es necesaria una proclamación audaz y respetuosa del contenido de ese tesoro. No se puede privar a nuestra cultura de dicho mensaje.

¿Cuál es el núcleo del mensaje creyente sobre la vida humana?

Es preciso aclarar que si bien nunca la mirada de fe se opondrá a lo que la sola razón puede descubrir, sin duda nos abre un horizonte más amplio desde el cual se puede contemplar a la persona humana.

En el capítulo II de la Encíclica *Evangelium Vitae*, JUAN PABLO II nos ofrece una magnífica meditación, una lectura desde la fe del valor de la vida humana.

El "Mensaje cristiano sobre la vida", se puede sintetizar en algunos puntos:

- La vida humana es siempre un bien, siempre es objeto de un tierno y fuerte amor por parte de Dios.
- Toda vida humana posee una altísima dignidad porque tiene un vínculo íntimo que lo

une a su Creador "*La vida que Dios le ofrece al hombre es un don con el que Dios comparte algo de sí mismo con la criatura.*" (E. V. 34)

- La vida del hombre es mucho más que existir en el tiempo. Es más bien, un germen de una existencia que supera los mismos límites del tiempo.
- Ahora la mirada debe dirigirse a Jesucristo, que se presenta como el que es el "Camino, la Verdad y la Vida" (Jn. 14,6)
- "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (Jn. 10,10). Por lo tanto, en la persona de Jesús, por su palabra, por su acción, el hombre puede conocer toda la verdad sobre el valor de la vida humana.
- Es Jesús quien dona al hombre la vida divina, la vida eterna. Así, la vida humana encuentra su plenitud de valor y significado. En efecto, la vida divina y eterna es el fin al que está orientado y llamado el hombre que vive en este mundo.
- En la precariedad de la existencia humana Jesús lleva a término el sentido de la vida: se anuncia la Buena Nueva a los ciegos, leprosos, sordos... (cf. Lc. 7,22) Incluso en la precariedad moral se descubre el amor tierno de Jesús: "No necesitan médico los que están sanos..." (cf. Lc. 5,31-32)
- En la Cruz, es donde Jesús revela la grandeza y el valor de cada vida humana: "*¡Qué grande es el valor de la vida humana si el*

[4] PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 41: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan (...), o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio."

Hijo de Dios la ha asumido y ha hecho de ella el lugar donde se realiza la salvación para toda la humanidad!" (E.V., 33)

- Entregando su Vida, Jesucristo engendra vida. En realidad, la vida "consiste en ser engendrados por Dios y participar de la plenitud del amor." (E.V. 37), que no es otra cosa que participar de la vida de Dios Amor Trinitario.
- La vida Eterna es el destino último de la vida humana; es decir, vida eterna es la vida que Jesús promete y da, porque es participación plena de la vida del 'Eterno' (cf. E.V. 37) y esta realidad se da desde el comienzo de la vida humana. La vida eterna comienza en los albores de la temporalidad humana.
- De aquí que la dignidad de la vida humana, se descubre no solo en los orígenes, sino en su destino, que es la comunión con Dios en su conocimiento y amor.
- Por eso podemos afirmar que toda vida humana posee un carácter sagrado. Y de la sacralidad de la vida se deriva su inviolabilidad, independientemente de cualquier condición.

Sin duda, es un mensaje sumamente rico y profundo sobre la dignidad de la vida, que el creyente tiene que valorar, defender, promover y anunciar como una tarea ineludible.

El Magisterio de la Iglesia no ha cesado de levantar su voz no solo denunciando los avasallamientos sobre la dignidad de las personas, sino principalmente anunciando su valor y su necesidad de respeto.

CONCLUSIÓN: EL APORTE DE LA FE A LA DEFENSA Y AL DESARROLLO DEL HOMBRE

FRANCISCO, en su Encíclica *Lumen Fidei*, n. 54 afirma:

"Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales. Como experiencia de la paternidad y de la misericordia de Dios, se expande en un camino fraterno. (...) Es necesario volver a la verdadera raíz de la fraternidad. (...) El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para mí, que la luz del rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano. (...). En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites."

Nunca la fe puede ser vivida de una forma privada sin que tenga consecuencias para la sociedad en la que vivimos.

Si cada creyente, si cada hombre de ciencia dejara que su convicción de fe

aflorara en su labor cotidiana, ninguna vida humana, desde el embrión hasta el anciano, pasando por aquellos que padecen penosas enfermedades, estaría expuesto a la tentación del aniquilamiento, porque esa fe hace "ver" que "cada hombre es una bendición para mí".

En una cultura que necesita "ver", la fe nos dice que "el rostro de Dios me ilumina a través del rostro del hermano".

Es preciso subrayar también que la fe no solo custodia la vida, sino que promueve su desarrollo, algo que tanto anhela el ser humano.

BENEDICTO XVI nos ha dejado enseñanzas muy ricas y sabias al respecto, en su Encíclica *Caritas in Veritate*:

68. "El tema del desarrollo de los pueblos está íntimamente unido al del desarrollo de cada hombre. La persona humana tiende por naturaleza a su propio desarrollo. Éste no está garantizado por una serie de mecanismos naturales, sino que cada uno de nosotros es consciente de su capacidad de decidir libre y responsablemente. Tampoco se trata de un desarrollo a merced de nuestro capricho, ya que todos sabemos que somos un don y no el resultado de una autogeneración. Nuestra libertad está originariamente caracterizada por nuestro ser, con sus propias limitaciones. Ninguno da forma a la propia conciencia de manera arbitraria, sino que todos construyen su propio «yo» sobre la base de un «sí mismo»

que nos ha sido dado. No sólo las demás personas se nos presentan como no disponibles, sino también nosotros para nosotros mismos. El desarrollo de la persona se degrada cuando ésta pretende ser la única creadora de sí misma. De modo análogo, también el desarrollo de los pueblos se degrada cuando la humanidad piensa que puede recrearse utilizando los «prodigios» de la tecnología. (...) Ante esta pretensión prometeica, hemos de fortalecer el aprecio por una libertad no arbitraria, sino verdaderamente humanizada por el reconocimiento del bien que la precede. Para alcanzar este objetivo, es necesario que el hombre entre en sí mismo para descubrir las normas fundamentales de la ley moral natural que Dios ha inscrito en su corazón."

70. "El desarrollo tecnológico puede alentar la idea de la autosuficiencia de la técnica, cuando el hombre se pregunta sólo por el cómo, en vez de considerar los porqués que lo impulsan a actuar. Por eso, la técnica tiene un rostro ambiguo. Nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas. El proceso de globalización podría sustituir las ideologías por la técnica, transformándose ella misma en un poder ideológico, que expondría a la humanidad al riesgo de encontrarse encerrada dentro de un a priori del cual no podría salir para encontrar el ser y la verdad. En ese caso, cada uno de nosotros conocería, evaluaría y decidiría los aspectos de su vida desde un horizonte cultural tecnocrático, al que perteneceríamos estructuralmente, sin poder encontrar jamás un sentido que no sea pro-

ducido por nosotros mismos. Esta visión refuerza mucho hoy la mentalidad tecnicista, que hace coincidir la verdad con lo factible. Pero cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo no consiste principalmente en hacer. La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser. Incluso cuando el hombre opera a través de un satélite o de un impulso electrónico a distancia, su actuar permanece siempre humano, expresión de una libertad responsable. La técnica atrae fuertemente al hombre, porque lo rescata de las limitaciones físicas y le amplía el horizonte. Pero la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral. De ahí la necesidad apremiante

de una formación para un uso ético y responsable de la técnica. Conscientes de esta atracción de la técnica sobre el ser humano, se debe recuperar el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser."

El año de la Fe es una buena oportunidad para tomar conciencia que esa fe que obra por la caridad nos brinda una inmensa posibilidad de ofrecer a nuestros hermanos una herramienta poderosa y eficaz para protegernos mutuamente, para que ningún ser humano, por más débil e indefenso que sea, padezca el atropello de los otros.

Por eso se puede afirmar con fuerza:
¡la fe custodia la vida humana!